

## **LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR**

**1ª lectura** (Daniel 7, 9-10.13-14): *Su reino no acabará.*

**Salmo** (96, 1-2.5-6.9): *«El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra»*

**2ª lectura** (2ª Pedro 1, 16-19): *Él recibió de Dios Padre honor y gloria.*

**Evangelio** (Mateo 17, 1-9): *Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí!*

*Es necesario un modo de vida que sea capaz de extenderse y desbordar al sistema por abajo, impulsando una transformación cultural, re-educando nuestras conciencias y nuestros hábitos, pasando de una cultura de la “desmesura” a una cultura de la “autocontención”. Sería posible desbordar el capitalismo por abajo aplicando un modelo de civilización basado en la sobriedad y la pobreza compartidas, y tratando de que la política vuelva a recuperar el poder. Son ya muchas las iniciativas que abogan por el cambio para trabajar de una forma más participativa. Iniciativas emergentes que aportan la consciencia de que es necesario otro modelo social y cultural.*

*Este modelo cultural debe ser también desbordado desde el plano de la identidad, construida en torno al consumo. Casi todo el mundo consume, sí; pero no todo el mundo consume bien y a algunos les negamos el derecho a un mínimo consumo. El diálogo entre civilizaciones, la diversidad cultural del planeta, sus prácticas y saberes, es el reto a tener en cuenta y asumir para ir hacia la solidaridad entre los pueblos y la recuperación de la dignidad de la persona.*

*«Somos cada vez más conscientes del diagnóstico, de las alternativas de las que disponemos y de la responsabilidad que supone condicionar la vida de las generaciones futuras». (Francisco – “Laudato si”). Ahora bien la cuenta atrás ha comenzado, no podemos esperar más. Un modelo basado en la sobriedad y la pobreza no es algo únicamente deseable sino algo necesariamente posible que puede verse potenciado y reforzado a través de la espiritualidad que conlleva el dialogo intercultural e interreligioso.*

Mientras hacemos el camino de la vida, las personas nos vamos sorprendiendo unas a otras. A veces es una sorpresa desagradable: una traición, un egoísmo, una palabra hiriente, un desprecio, una crítica destructiva... En cambio, otras veces es una sorpresa agradable: una cualidad desconocida, una bondad insospechada, una fidelidad desconcertante, una amnesia que olvida el mal recibido, una mirada que acoge y perdona...

En el grupo de Jesús no ganaban para sorpresas. Jesús les sorprendía cada día con su modo de ver la vida, su modo de estar con la gente, su preferencia por los caídos, sus palabras sobre Dios. Les descolocaba, hacía añicos sus visiones y expectativas. Veían en Él tal determinación por la causa del Reino que, un día, sintieron temor pues, en el futuro que se dibujaba en el horizonte había sombras, noche y conflicto.

Por ello, seguramente en cada uno de ellos y también en sus conversaciones aparecía una pregunta: **¿Quién es este hombre que cada día nos sorprende con su palabra y con su vida? ¿Quién es Jesús en lo más profundo de sí mismo?** No hacía mucho tiempo, en un momento de crisis, el mismo Jesús les había preguntado: **«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»**.

Cuando la vida nos sonrío no solemos hacernos grandes preguntas. Vivimos y disfrutamos. En cambio, cuando las dificultades asoman por la puerta comenzamos a hacernos preguntas: lo hacemos sobre el esposo o la esposa, sobre los hijos, sobre nosotros mismos, sobre las relaciones sociales, sobre el sentido de la vida, sobre la religión que practicamos, etc.

Hoy, en esta época, caracterizada por tantos cambios tecnológicos, sociales, culturales y religiosos, a los cristianos nos toca, como aquellos primeros discípulos que veían y sentían la dificultad, preguntarnos por el sentido y valía de la fe que profesamos. Nos toca, a la vista de una realidad que pone en crisis las visiones, creencias y valores anteriores, preguntarnos qué merece la pena creer y, sobre todo, preguntarnos a quién merece la pena escuchar y seguir.

**«Escuchadle»** decía una voz desde la nube. **«Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle»**. Mateo parece estar pensando en los seguidores de Jesús de todos los tiempos para recordarnos lo que nunca hemos de olvidar: lo más importante es escuchar a Jesús; escuchar sus palabras, contemplar su modo de vivir, su modo de hacer. Y guardarlo adentro, en la mente y en el corazón. Y seguirlo.

Lo que la Iglesia diga y haga merecerá la pena si va en la dirección de ayudar a los propios cristianos e invitar a los hombres de hoy a escuchar a Jesús. Descubriremos, a través de toda su vida que nos habla, por qué merece la pena vivir y morir, en qué consiste la felicidad que buscamos.